

Nicasio Rodríguez Durán (1929-2002)

Conocí a Nicasio Rodríguez en 1978 con ocasión del descubrimiento de la *villa* romana de Requejo (Santa Cristina de la Polvorosa) en la torva primavera de aquel año. Una desmesurada crecida del Órbigo desmontó parte de las márgenes del río arruinando un sector de mosaicos que parcialmente pudieron ser recuperados luego del lecho fluvial. Por fortuna, como en tantos otros sitios, allí estaba Nicasio para informar inmediatamente del hallazgo, recoger materiales –que si no hubieran desaparecido– y colaborar de manera desinteresada con los técnicos.

Desde entonces y a lo largo de casi un cuarto de siglo esa ha sido siempre su actitud y su estilo. Rescatando el miliario de Nerón del Priorato, o un excepcional fragmento de cerámica ática de figuras rojas en Morales de las Cuevas, cuando no el pasarriendas romano de Cimanos de la Vega, y tantos otros vestigios –de la Prehistoria al Antiguo Régimen– claves para la reconstrucción histórica del pasado de esta tierra. También en el propio Benavente, cuando nadie lo hacía, rebuscando entre los deshauciados escombros del viejo monasterio de San Bernardo, en la Sinoga, en los depósitos miocénicos de la tejera, olfateando cualquier triza arqueológica en los cientos de desvalidos solares de este pueblo sin sexo tan bárbaramente arrasado...

Gracias a él se han dado a conocer (y se han salvado) decenas de yacimientos, y una miriada de piezas publicadas por distintos autores en el *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* de la Universidad de Valladolid, el *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”* y especialmente *Brigecio*, órgano del C.E.B “Ledo del Pozo”, al que Nicasio perteneció desde su fundación.

Miles de objetos rastreados con paciencia, recuperados con pulcritud y meticulosamente inventariados y ofrecidos a cuantos investigadores de buena fe se los solicitaron; el último, un precioso cuenco de tradición mudéjar recogido casi milagrosamente intacto mientras trabajaban las máquinas en el aterrazamiento de los Cuestos de la Mota y del que conservamos fotografía exacta del lugar del hallazgo y registro de su ambiente arqueológico. Una labor desinteresada –conviene subrayarlo– que ha culminado con la recientísima monografía de Isabel Rodríguez Casanova sobre *La circulación monetaria antigua en los valles de Benavente* (donde se inventarían 337 especies) cuyo primer original –nada más salido de imprenta– tuve aún la suerte de podersele entregar en mano pocos días antes de su muerte.

Una colección que, más allá de un testimonio personal, es constancia integradora del territorio, riguroso hilván de nuestro pasado, historia en estado puro que, de dispersarse, perdería no sólo su espesor sentimental sino toda su trascendencia y valor para convertirse en huérfana curiosidad de mercadillo o anónima plusvalía en el tráfico de antigüedades.

Por eso Nicasio, consciente del alcance de su colección, pensó siempre en reintegrarla a la tierra y que sirviese en el futuro a los ciudadanos de Benavente lo que hasta entonces sólo ha resarcido a los estudiosos o a su propia nostalgia como descubridor. Por eso, y de forma reiterada, desde hace ya mucho tiempo, se la ofreció al municipio, ayuntamientos de distinto signo político que, sorprendentemente, siguen sin darse por enterados. Algunas piezas fueron, en su momento, donadas al Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, otras se encuentran en el Museo de Zamora y un lote más reciente, depositado en el Museo de León.

En resumen, y sin ningún afán de exceso, se puede asegurar que la aportación de Nicasio Rodríguez Durán –como descubridor riguroso, informador fiel, y recuperador implacable de piezas arqueológicas– ha sido absolutamente decisiva para el conocimiento del pasado de nuestra tierra. Confundir el alcance y honradez de esta aportación con el intrusismo profesional o la metodología irregular de sus hallazgos es obtusidad de campanario y flaco servicio a un patrimonio por cuya promoción todos decimos trabajar y por cuya salvaguarda tanto bregó nuestro amigo.

II

Nicasio Rodríguez Durán nació en Benavente en 1929, mayor de una familia de siete hermanos. Dificilmente en las calamitosas circunstancias de la guerra y la posguerra pudo –en familia tan numerosa– obtener una formación académica que no pasó de los rudimentos escolares para incorporarse inmediatamente al mundo laboral.

Sin embargo, siempre –y hasta su fallecimiento– mostró una inquietud y curiosidad por la lectura y la Historia que cuajaría definitivamente durante su estancia en Alemania entre 1962 y 1968 donde, como tantos españoles, hubo de buscar sustento para sacar adelante a una familia entonces de tres hijos.

Primero solo y más tarde con Carmen, su mujer, y toda la prole, trabajó en Hildesheim, la industriosa y bella ciudad de la Baja Sajonia. Allí aprendió alemán que siguió leyendo sin cesar a su regreso en España y allí se despertó su interés por la arqueología que Nicasio conjugaba con su pasión por el campo y sus largos y arriscados paseos. Todavía en marzo de este año –me recordaba poco antes de morir– trepaba al castillo de Loarre como un mozo a sus 73 años. Me lo imagino visitando la catedral ottoniana de San Miguel de Hildesheim, pasmado ante las puertas de bronce de San Bernoardo, recorriendo fascinado las salas del *Pelizaesus Museum* con sus pequeñas colecciones egipcias, griegas y romanas, visitas a museos acompañado de la familia como aún rememora José Antonio, entonces el menor de sus hijos y hoy restaurador, “secuela” familiar de una pasión por la Historia.

De retorno a España puso Nicasio en práctica lo que durante tanto tiempo, sin duda, se habría ido fraguando en su interior. Eran aquellos años todavía los de una arqueología no profesional, irregular, heredera de la Comisaría General de Excavaciones creada en 1939 y a cuyo frente estuvo mucho tiempo J. Martínez Santa-Olalla. Organizada en Comisarías Provinciales y locales, cargos sin remuneración cuyo desempeño recaía en personas residentes en la localidad, aficionados o con alguna experiencia arqueológica, con ella se dio curso legal en todo el país a una tupida red de comisarios, colaboradores y ayudantes (médicos, maestros, veterinarios, sacerdotes, ingenieros, diplomáticos etc) en general “no profesionales”, tan abnegados como apasionados en su actividad, si bien ajenos a toda formación disciplinar.



Nicasio Rodríguez poco después del descubrimiento del miliario del Priorato. Foto J. A. Rodríguez

Fue ese ambiente, de tan pocos medios como buena voluntad, que culminó en aquella pintoresca experiencia arqueológico-mediática-escolar denominada Misión Rescate, patrocinada por la mismísima Dirección General de Bellas Artes, el que se encontró Nicasio Rodríguez Durán a su llegada de Alemania. Fines de semana, largas jornadas estivales, vacaciones, todo era poco para adentrarse en la tierra en largas caminatas, muchas veces sólo, apenas acompañado por su perrita Sola, en otras ocasiones con Vidal Aguado y Ernest Loewinshon husmeando palmo a palmo los viejos trazados de las vías romanas de la comarca.

De esa asiduidad a lo largo de más de 30 años resultaron descubrimientos paleontológicos, una completa cartografía de estaciones prehistóricas y romanas en los valles de Benavente (la mayoría, inéditos), vestigios medievales y modernos –ninguneados por los propios arqueólogos durante mucho tiempo– y un conocimiento exhaustivo del territorio. No se me puede olvidar cuando en julio de 1984 codirigí (con Jorge Juan Fernández, José Ramón López y Jesús Celis) una breve excavación en Dehesa de Morales (Fuentes de Ropel), probable solar de la *mansio* y ciudad de Brigecio; después de varios intentos infructuosos fue sólo el fino instinto de Nicasio el que nos permitió intervenir un área fértil donde se localizó un antiguo depósito cementicio de agua.

Su colaboración gentil -y casi nunca descaminada- se mantuvo hasta el final, en préstamo de piezas para exposiciones como *Astures* (Gijón 1995), *Hispania Romana* (Roma 1997), *Más vale volando...* (Benavente 1998), *Dinero y moneda en un concejo medieval* (Benavente 2001), por citar sólo algunas, o informando puntillosamente cuando

se le requería, porque para Nicasio su colección no fue nunca trofeo vanidoso y menos resorte espúreo con el que especular, al contrario, cada nueva pieza se convertía para él en materia entrañable de la historia no escrita de su tierra.

Las especiales circunstancias de la enfermedad y muerte de Carmen (2000), su compañera de tantos años, le afectaron profundamente y cuando parecía, por fin, haber salido del túnel, una corta y cruel enfermedad nos lo arrebató para siempre.

Descanse en paz el amigo y que tu nombre, tan clásico, tan griego, tan romano, Nicasio/*victorioso*, sea memoria (y proyecto) fiel para todos nosotros.

FERNANDO REGUERAS GRANDE